

DANFORTH (*después de pensarlo un momento*): Su mujer... su mujer debe estar bien adelantada con el niño, ahora.

HERRICK: Lo está, señor.

DANFORTH: ¿Qué pensáis vos, señor Parris? Vos tenéis mejor conocimiento de este hombre; ¿podría ablandarlo la presencia de ella?

PARRIS: Es posible, señor. No ha posado los ojos sobre ella en estos tres meses. Yo la llamaría.

DANFORTH (*a Herrick*): ¿Todavía se mantiene firme? ¿Volvió a pegaros?

HERRICK: No puede, señor, ahora está encadenado a la pared.

DANFORTH (*después de pensarlo*): Traedme a la señora Proctor. Después, traedlo a él aquí arriba.

HERRICK: Sí, señor. (*Herrick sale. Hay un silencio.*)

HALE: Excelencia, si lo postergarais por una semana y anunciarais a la población que estáis luchando para obtener sus confesiones, eso indicaría misericordia de vuestra parte, no vacilación.

DANFORTH: Señor Hale, así como Dios no me dió el poder de Jesús para detener la salida del sol, tampoco puedo ahorrarles la perfección de su castigo.

HALE (*más duro ahora*): ¡Si creéis que Dios desea que provoquéis una rebelión, señor Danforth, estáis equivocado!

DANFORTH (*instantáneamente*): ¿Habéis oído hablar de rebelión en el pueblo?

HALE: Excelencia, hay huérfanos vagando de casa en casa, el ganado abandonado muge en los caminos, el hedor de las mieses podridas flota por todas partes y ningún hombre sabe cuándo pondrá fin a sus vidas el pregón de las ramer... ¿y

vos os preguntáis aún si se habla de rebelión? ¡Mejor sería que os maravillaseis de que aún no hayan incendiado vuestra provincia!

DANFORTH: Señor Hale, ¿habéis predicado en Andover este mes?

HALE: Gracias a Dios, en Andover no necesitan de mí.

DANFORTH: Me desconcertáis, señor. ¿Por qué habéis vuelto aquí?

HALE: Pues es bien simple. Vengo a cumplir la obra del Diablo. Vengo a aconsejar a cristianos a que se caluminen a sí mismos. (*Su sarcasmo se derrumba*) ¡Sangre pesa sobre mi cabeza! ¡Es que no podéis ver la sangre sobre mi cabeza!!

PARRIS: ¡Silencio! (*Pues ha oído pasos. Todos se vuelven a la puerta. Herrick entra con Elizabeth. Sus muñecas están sujetas por una pesada cadena que Herrick le quita ahora. Sus vestidos están sucios; está delgada y pálida. Herrick sale.*)

DANFORTH (*muy cortésmente*): Señora Proctor. (*Ella está callada.*) Espero que estéis bien de salud.

ELIZABETH (*como advirtiéndole un olvido*): Todavía me quedan seis meses.

DANFORTH: Os ruego que os tranquilicéis, no venimos por vuestra vida. Nosotros... (*titubeando, pues no está acostumbrado a suplicar*): Señor Hale, ¿queréis hablarle vos a esta mujer?

HALE: Señora Proctor, vuestro marido está condenado a morir esta mañana.

(*Pausa.*)

ELIZABETH (*con calma*): Lo he oído.

HALE: ¿Sabéis, no es cierto, que yo no tengo vinculación con el tribunal? *(Ella parece dudarlo.)* Vengo por mi cuenta, señora Proctor. Quisiera salvar la vida de vuestro marido, pues si se lo llevan yo mismo me consideraré su asesino. ¿Me comprendéis?

ELIZABETH: ¿Qué queréis de mí?

HALE: Señora Proctor, en estos tres meses fui como Nuestro Señor, al desierto. He estado buscando una salida cristiana porque la condenación es doble para un ministro que aconseja a los hombres a mentir.

HATHORNE: ¡No es mentira, no podéis hablar de mentiras!

HALE: ¡Es una mentira! ¡Son inocentes!

DANFORTH: ¡No quiero saber más nada de esto!

HALE *(prosiguiendo, a Elizabeth)*: No equivoquéis vuestro deber como yo equivoqué el mío. Vine a este pueblo como un novio a su bienamada, cargado de presentes de la más alta religión; traía conmigo las coronas mismas de la ley sagrada y cuanto toqué con mi radiante confianza, murió; y allí donde puse el ojo de mi inmensa fe, manó la sangre. Ten cuidado, Elizabeth Proctor... no te aferres a ninguna fe, cuando la fe trae sangre. Es ley equivocada la que te lleva al sacrificio. La vida, mujer, la vida es el más precioso don de Dios; ningún principio, por muy glorioso que sea, puede justificar que se la arrebatase. Te imploro, mujer, influye sobre tu esposo para que confiese. Que diga su mentira. En este caso no te acobardes ante el juicio de Dios, pues muy bien puede ser que Dios condene menos a un mentiroso que a quien, por orgullo, se deshace de su vida. ¿Querrás exhortarle? No puedo creer que escuche a ningún otro.

ELIZABETH *(con calma)*: Creo que así razona el Diablo.

HALE *(en el colmo de la desesperación)*: Mujer, frente a las leyes de Dios, apenas somos cerdos. ¡No podemos leer Su voluntad!

ELIZABETH: No puedo discutir con vos, señor; me falta estudio para ello.

DANFORTH *(yendo hacia ella)*: Elizabeth Proctor, no se te ha convocado para discutir. ¿Es que no hay en ti la ternura de una esposa? El morirá al amanecer. Tu esposo. ¿Lo comprendes? *(Ella lo mira, simplemente.)* ¿Qué dices? ¿Tratarás de convencerlo? *(Ella calla.)* ¿Eres de piedra? ¡Con franqueza, mujer, si no tuviese otras pruebas de tu vida antinatural, tus ojos secos ahora serían prueba suficiente de que has entregado tu alma al Infierno. ¡Hasta un monstruo lloraría ante semejante calamidad! ¿Habrás secado el Diablo toda lágrima de piedad en ti? *(Ella permanece callada.)* ¡Llévoslal! ¡No se ganará nada con que ella le hable!

ELIZABETH *(con calma)*: Dejadme hablar con él, Excelencia.

PARRIS: *(con esperanza)*: ¿Intentarás convencerle? *(Ella vacila.)*

DANFORTH: ¿Le pedirás su confesión, o no?

ELIZABETH: No prometo nada. Dejadme hablar con él.

(Un ruido...; el siseo de pies que se arrastran sobre piedra. Todos se vuelven. Pausa. Entra Herrick con John Proctor. Sus muñecas están encadenadas. Es otro hombre, barbudo, sucio, con los ojos turbios como si estuviesen cubiertos de telarañas. Se detiene al trasponer la puerta, su mirada atraída por la figura Elizabeth. La emoción que fluye entre ambos impide que nadie hable por un instante. Ahora Hale, visiblemente impresionado, va hacia Danforth y le habla con calma.)

HALE: Os ruego, dejadlos, Excelencia.

DANFORTH *(apartando impacientemente a Hale)*: Señor Proctor, habéis sido notificado, ¿no es así? *(Proctor está silencioso, mirando fijamente a Elizabeth.)* Veo claridad en el cielo, señor; consultad con vuestra esposa y ojalá que Dios os ayude a volverle la espalda al Infierno. *(Proctor está silencioso, mirando a Elizabeth.)*

HALE (con calma): Excelencia, dejad que...

(Danforth sale violentamente, rozando a Hale. Hale lo sigue. Cheever vacila y lo imita; Hathorne también. Sale Harrick. Parris, desde prudente distancia, ofrece):

PARRIS: Si deseáis un vaso de sidra, señora Proctor, estoy seguro de que... (Proctor le echa una mirada helada y él se interrumpe. Parris eleva las manos hacia Proctor.) Dios os guíe ahora. (Sale.)

(Solos. Proctor va hacia ella, se detiene. Es como si estuviesen en el centro de un torbellino. Más allá, por encima del dolor. El extiende su mano como hacia una corporización no del todo real, y al tocarla sale de su garganta un extraño sonido, suave, mitad risa y mitad asombro. Le palmea la mano. Ella le cubre la mano, a su vez. Y entonces, débil, él se sienta. Luego se sienta ella, de frente a él.)

PROCTOR: ¿El niño?

ELIZABETH: Crece.

PROCTOR: ¿No hay noticias de los chicos?

ELIZABETH: Están bien. Sam, el de Rebecca, los cuida.

PROCTOR: ¿No los has visto?

ELIZABETH: No... (Percibe un debilitamiento en sí misma y lo vence.)

PROCTOR: Eres una... maravilla, Elizabeth.

ELIZABETH: ¿Has... sido torturado?

PROCTOR: Sí. (Pausa. Ella no se deja ahogar por el mar que la amenaza.) Ahora vienen por mi vida.

ELIZABETH: Lo sé.

(Pausa.)

PROCTOR: ¿Nadie... confesó todavía?

ELIZABETH: Hay muchos que confesaron.

PROCTOR: ¿Quiénes son?

ELIZABETH: Dicen que son como cien, o más. La señora Ballard es una; Isafías Goodkind es uno. Hay muchos.

PROCTOR: ¿Rebecca?

ELIZABETH: Rebecca, no. Ella está casi en el Cielo; ya nada puede dañarla.

PROCTOR: ¿Y Giles?

ELIZABETH: ¿No te has enterado?

PROCTOR: En donde me tienen no me entero de nada.

ELIZABETH: Giles... Giles está muerto.

(El la mira incrédulo.)

PROCTOR: ¿Cuándo lo colgaron?

ELIZABETH (con calma, simplemente): No fué ahorcado. No quiso contestar ni sí ni no a su acusación; porque si negaba el cargo, con seguridad lo colgaban y remataban su propiedad. Así es que se mantuvo mudo y murió como un cristiano en buena ley. Y así sus hijos podrán conservar su granja. La ley dice que no puede ser condenado como hechicero si no responde a la acusación, sí o no.

PROCTOR: Entonces, ¿cómo murió?

PROCTOR: ¿Aplastaron?

ELIZABETH: Le fueron poniendo grandes piedras sobre el pecho hasta que dijera sí o no. (Con una sonrisa de ternura para el anciano.) Dicen que sólo les concedió dos palabras. "Más peso", dijo. Y murió.

PROCTOR (*helado; es otro hilo tejido en su agonía*): "Más peso".

ELIZABETH: Sí. Era un hombre bravo, Giles Corey.

(Pausa.)

PROCTOR (*con gran fuerza de voluntad, pero sin mirarla directamente*): Estuve pensando en confesarles, Elizabeth. (*Ella no trasluce nada.*) ¿Qué dices tú? ¿Si les concedo eso?

ELIZABETH: Yo no puedo juzgarte, John.

(Pausa.)

PROCTOR (*simplemente; es una mera pregunta*): ¿Qué querrías que yo hiciese?

ELIZABETH: Como tú lo quieras, así lo querré yo. (*Breve pausa.*) Te quiero con vida, John. Esa es la verdad.

PROCTOR (*después de una pausa, con un rayo de esperanza*): ¿La mujer de Giles? ¿Confesó ella?

ELIZABETH: Ella no confesará.

(Pausa.)

PROCTOR: Es una simulación, Elizabeth.

ELIZABETH: ¿El qué?

PROCTOR: No puedo subir al patíbulo como un santo. Es un fraude. Yo no soy tal hombre. (*Ella calla.*) Mi honradez está rota, Elizabeth; no soy un hombre bueno. Nada, que no estuviese ya podrido, se perderá ahora si les concedo esa mentira.

ELIZABETH: Y, sin embargo, no has confesado hasta ahora. Eso indica una virtud en ti.

PROCTOR: Sólo el rencor me mantiene en mi silencio. Es difícil arrojarle una mentira a los perros. (*Pausa; por primera*

vez se vuelve directamente hacia ella.) Quisiera tu perdón, Elizabeth.

ELIZABETH: No soy yo quien debe darlo, John, yo soy...

PROCTOR: Quisiera que vieses alguna honradez en ello, Deja que los que nunca mintieron mueran ahora para salvar sus almas. Para mí es una simulación, una vanidad que no cegará a Dios ni apartará a mis hijos del viento. (*Pausa.*) ¿Qué dices tú?

ELIZABETH (*sobreponiéndose a un sollozo que siempre está por estallar*): John, de nada servirá que yo te perdone si no te perdonas tú mismo. (*Ahora él se aparta un poco, torturado.*) No es mi alma, John, es la tuya. (*El se yergue, como presa de un dolor físico, poniéndose lentamente de pie, con el inmenso e inmortal anhelo de encontrar su respuesta. Ella está al borde de las lágrimas; le es difícil decir*): Tan sólo lo ten la seguridad de esto, pues ahora lo sé: cualquier cosa que hagas, es un hombre bueno quien la hace. (*El vuelve hacia ella su inquisitiva e incrédula mirada.*) En estos tres meses he escrutado mi corazón, John. (*Pausa.*) Tengo que rendir cuentas de pecados propios. Es una esposa fría lo que empuja al libertinaje.

PROCTOR (*con gran dolor*): Basta, basta...

ELIZABETH (*abriendo su corazón ahora*): ¡Es mejor que me conozcas!

PROCTOR: ¡No quiero escuchar! ¡Te conozco!

ELIZABETH: Estás cargando con mis pecados, John.

PROCTOR (*torturado*): ¡No, cargo con los míos, los míos!

ELIZABETH: ¡John, yo me consideraba tan simple, tan poca cosa, que ningún amor puro podría ser para mí! Era la sospecha quien te besaba cuando yo lo hacía; nunca supe cómo decir mi amor. ¡Era una casa fría la que yo manejaba! (*Asustada, se aparta al entrar Hathorne.*)

HATHORNE: ¿Qué decís, Proctor?

(Proctor, con el pecho agitado, mira fijamente; se vuelve a Elizabeth. Ella viene hacia él como para implorarlo, con la voz trémula.)

ELIZABETH: Haz lo que quieras. Pero que nadie sea tu juez. ¡Bajo el Cielo no hay juez superior a Proctor! ¡Perdóname, perdóname, John...; nunca conocí tanta bondad en el mundo! (Se cubre la cara llorando.)

(Proctor se aparta de ella hacia Hathorne; está como fuera de la tierra; con voz hueca):

PROCTOR: Quiero mi vida.

HATHORNE (electrizado, con sorpresa): ¿Os confesaréis?

PROCTOR: Quiero conservar mi vida.

HATHORNE (con tono místico): ¡Loado sea Dios! ¡Es providencial! (Sale corriendo y su voz se oye gritando por el corredor.) ¡Va a confesar! ¡Proctor va a confesar!

PROCTOR (gritando, y yendo hacia la puerta a zancadas): ¿Por qué lo gritáis? (Con gran dolor, vuelve a Elizabeth.) Hago mal, ¿no es cierto? Hago mal.

ELIZABETH (aterrorizada, llorando): ¡Yo no puedo juzgarte, John no puedo!

PROCTOR: ¿Entonces quién me juzgará? (Repentinamente, juntando las manos): Dios del Cielo, ¿qué es John Proctor, qué es John Proctor? (Se mueve como un animal y una furia lo atraviesa, una búsqueda atormentadora.) A mí me parece honesto; así me parece; no soy ningún santo. (Como si ella hubiese negado esto último le grita): ¡Que Rebecca pase por santa; para mí es todo fraude!

(Se oyen en el corredor, hablando a la vez con excitación reprimida.)

ELIZABETH: Yo no soy tu juez, no puedo serlo. (Como aliviándolo.) ¡Haz como quieras, haz como quieras!

PROCTOR: ¿Les concederías una mentira como ésta? Dilo. ¿Tú les concederías eso? (Ella no puede contestar.) ¡No lo harías, aunque lenguas de fuego te estuvieran chamuscando, no lo harías! Está mal. ¡Pues bien..., está mal y yo lo hago!

(Entra Hathorne con Danforth y, con ellos, Cheever, Parris y Hale. Es una entrada directa, rápida, como si hubiese roto el hielo.)

DANFORTH (con gran alivio y gratitud): Dios sea loado, hombre, Dios sea loado; serás bendecido en el Paraíso por esto. (Cheever ha corrido hacia el banco, con pluma, tinta y papel. Proctor lo mira.) Y bien, comencemos. ¿Estáis listo, señor Cheever?

PROCTOR (con helado horror ante su eficiencia): ¿Por qué hay que escribirlo?

DANFORTH: Pues... para la buena información del pueblo, señor; iesto será fijado en la puerta de la iglesia! (A Parris, con urgencia.) ¿Dónde está el alguacil?

PARRIS (corre a la puerta y llama por el corredor): ¡Alguacil! ¡Rápido!

DANFORTH: Entonces, señor, hablaréis despacio y yendo al grano, para bien del señor Cheever. (Está ya en sesión y en realidad dicta a Cheever, quien escribe.) Señor Proctor, ¿habéis visto alguna vez al Diablo? (Proctor aprieta las mandíbulas.) Vamos, hombre, hay claridad en el cielo; el pueblo espera al pie del patíbulo; quiero dar la noticia. ¿Habéis visto al Diablo?

PROCTOR: Lo vi.

PARRIS: ¡Dios sea loado!

DANFORTH: Y cuando os vino a ver, ¿cuál era su pedido?
(Proctor calla. Danforth ayuda.) ¿Os mandó cumplir su obra
en la tierra?

PROCTOR: Eso mismo.

DANFORTH: ¿Y os pusisteis a su servicio? (Danforth se
vuelve al entrar Rebecca Nurse, con Herrick ayudándola a sos-
tenerse; a duras penas puede caminar.) ¡Entrad, mujer, en-
trad!

REBECCA (iluminándose al ver a Proctor): ¡Ah, John! Estás
bien entonces, ¿no? (Proctor vuelve la cara a la pared.)

DANFORTH: Coraje, hombre, coraje...; que ella sea testigo
de vuestro buen ejemplo para que también ella vuelva al seno
de Dios. ¡Escuchad bien, señora Nurse! Continúad, señor Proc-
tor. ¿Os habéis puesto al servicio del Diablo?

REBECCA (sorprendida): ¡Cómo, John!

PROCTOR (entre dientes, evitando mirar a Rebecca): Así
es.

DANFORTH: Pues bien, mujer, no dudo que veréis ahora lo
inútil de proseguir con esta conspiración. ¿Confesaréis jun-
to con él?

REBECCA: ¡Oh, John..., Dios se apiade de ti!

DANFORTH: Oídme, ¿os confesaréis, señora Nurse?

REBECCA: Pero es mentira, es mentira, ¿cómo queréis que me
condene? No puedo, no puedo.

DANFORTH: Señor Proctor. Cuando el Diablo os fué a ver,
¿vistéis con él a Rebecca Nurse? (Proctor permanece en silen-
cio.) Vamos, hombre, tened coraje..., ¿la habéis visto con
el Diablo?

PROCTOR (casi inaudible): No.

DANFORTH (previendo dificultades mira a John, va hasta la
mesa y recoge una hoja de papel; la lista de condenados):
¿Habéis visto alguna vez a su hermana, Mary Easty, con el
Diablo?

PROCTOR: No, no la vi.

DANFORTH (sus ojos se entrecierran): ¿Habéis visto alguna
vez a Martha Corey con el Diablo?

PROCTOR: No la vi.

DANFORTH (comprendiendo, depositando lentamente la hoja):
¿Habéis visto alguna vez a alguien con el Diablo?

PROCTOR: No, nunca.

DANFORTH: Proctor, os equivocáis conmigo. No tengo poder
para cambiar vuestra vida por una mentira. Habéis visto sin
duda a alguien con el Diablo. (Proctor guarda silencio.) Se-
ñor Proctor, mucha gente ha dado fe de haber visto a esta mu-
jer con el Diablo.

PROCTOR: Entonces ya está probado. ¿Por qué debo decirlo
yo?

DANFORTH: ¡Por qué "debéis" decirlo! ¡Pero es que os de-
beríais alegrar de decirlo si vuestra alma está realmente pu-
rificada de todo amor al Infierno!

PROCTOR: Se proponen ir como santos. No quiero arruinar--
les su buen nombre.

DANFORTH (preguntando, incrédulo): Señor Proctor, ¿creéis
vos que van como santos?

PROCTOR (evasivo): Esta mujer jamás pensó que cumplía la
obra del Diablo.

DANFORTH: Atended, señor. Creo que confundís vuestro deber
aquí. Poco importa lo que pensó...; ella está convicta del
asesinato antinatural de niños, y vos de haberle pasado vues-